

Para una crítica de la razón periódica

[Publicado en VV.AA. *La botica de los clérigos. Académicos y periodistas*, Editorial Complutense, ISBN 84-7491-408-6, pp. 33-61, Madrid 1.992.]

Comprendí el silencio de los cielos, las palabras humanas jamás las entendí.

Hölderlin

Cómo el mundo verdadero acabó convirtiéndose en una fábula.

Nietzsche

Hasta ahora las masas han ido siempre tras el hechizo.

Jaspers

Al menos desde Aristóteles, la razón ha formado parte de la definición de lo que el hombre es y, de alguna manera, de la contextura del mundo en que habita. No es tarea fácil decir qué cosa sea la razón: así lo advertía Karl Jaspers¹ en el libro que dedicó a los enemigos de la razón en nuestro tiempo. Tras esta indicación, casi innecesaria, no estará de más aludir a que la razón ha servido, siempre, de lugar de encuentro: por diversas que sean las historias y las sociologías que se nos expongan, aceptar los cánones de la comunicación racional tal como se han desarrollado entre nosotros es la única manera de entendernos. Se deberían tomar, por tanto, como excesos de celo las diversas críticas que han conducido a la desconfianza en el valor de la razón, bien por resaltar su condición ideológica², bien por poner de manifiesto otra clase de limitaciones en orden a entender la vida, la historia o cualquier otro género de realidad. Así, por unas u otras consideraciones, en la crisis contemporánea lo que se ha llamado "razón ilustrada" ha sido objeto de sospecha. Sin embargo, por ahora, nadie parece haber encontrado algo que, mejorando sus virtudes, carezca de los defectos que se le imputan.

Es un lugar común reconocer que la razón habita en el lenguaje o que el lenguaje es la principal manifestación de lo que, desde los filósofos románticos, se llama el espíritu, la noción que los hombres

¹ Karl Jaspers, *La razón y sus enemigos en nuestro tiempo*, 3ª ed., Sudamericana, Buenos Aires 1967.

² "La existencia del proletariado contradice la supuesta realidad de la razón", escribió Marcuse, explicando a Marx. Vid. Herbert Marcuse, *Razón y revolución*, 6ª ed., Alianza, Madrid 1981, p.257.

se hacen de sí y de lo que estiman que existe además de ellos mismos. De este modo la razón se objetiva y se convierte en discurso, en relato, una construcción que acaba teniendo una vigencia más allá del ámbito de lo privado, en algo que es patrimonio común aunque continúe siendo, en cierto modo, esquivo. Bajo este aspecto, la razón es, por definición, histórica y cambiante, se halla sometida a muy diversos envites y se relaciona íntimamente con lo que entendemos por "cultura" o por "espíritu del tiempo", en último término incluso, con lo que se llama la "opinión pública". Es evidente la importancia práctica y la relevancia intelectual de este aspecto de la razón, de la información y la opinión en cuanto constituyen, como mínimo, la "piel de las cosas", su apariencia relevante y efectiva, su modo de ser pensadas y aceptadas tanto por las masas como por las diversas minorías, y, por ello mismo, su sustancia efectiva a los efectos de un altísimo número de instancias y consideraciones. Pues bien, es de este "momento" de la razón del que nos vamos a ocupar en las páginas que siguen: de una razón subyugada por un exceso de información y que parece no depender de otro sustento que de la periodicidad, cuyo ritmo acaba siendo el instante, de los medios de comunicación. Tal es, pues, la razón periódica, la razón que emerge del universo de la información con el rostro de lo que es aparente y permanentemente nuevo.

¿Qué clase de existencia tiene esta especie de razón?, ¿Cómo se relaciona con otras formas de la racionalidad más o menos vigentes?, ¿Tiene sentido siquiera hablar de ella o hay que resignarse a que tan sólo ella continúe hablando de nosotros? ¿Es menester escucharla porque, al fin y al cabo, la "vox populi" continua siendo la "vox Dei"?, ¿Quién nos habla a su través?

Aunque, aproximadamente desde 1984, se hayan dejado de oír alusiones al "gran hermano", tal vez porque hemos aprendido la gramática del "doble pensar" y consumimos del mismo modo lo digital que lo analógico, sigue teniendo pleno sentido interrogarse por la calidad de la autoimagen que nos procuran lo que se ha llamado las "industrias de la conciencia".

De una u otra forma, este tipo de cuestiones ha estado presente desde que a los griegos les dio por comenzar con las dudas sobre lo que se contaba. Sea en forma de ironía, sea como elogio de la vida bucólica frente al vituperio de lo cortesano, la sospecha frente a lo que "se dice" ha continuado siendo uno de los veneros de cualquier pensamiento que se haya tenido por racional y crítico. La novedad actual responde más bien, si lo miramos con detenimiento, a una

doble circunstancia: la extraordinaria abundancia, el insólito espesor de lo "periódico", de una parte, y, por otro lado, a la aparición de apologías de la galaxia mediática que se fundan en supuestos de una índole tal que resulta tan inquietante como nueva.

Se trata, pues, de reflexionar sobre una cuestión controvertida, cuya complejidad resulta del concurso de un gran número de factores reales (*sit venia verbo*) con el entusiasta auxilio de un no menor número de fragmentos discursivos de la más amplia especie, desde la sociología a la estética, pasando por la religión, la política, la ciencia y la tecnología. Aunque pueda resultar una simplificación, en último término bastante a tono con el tema, cabe decir que nos encontramos entre la Escila de la adusta "teoría crítica" (sea en versión de izquierda o de derecha: la oposición elites-masa), y la Caribdis del pensamiento postmoderno que parece, de acuerdo con el neobarroco que se proclama, entonar una nueva cantata que pudiéramos titular "En la confusión está nuestra salvación". Viene a ser casi imposible no preferir una u otra de las orillas, dado que, nada menos que desde Homero, sabemos que el peligro está, sobre todo, en la voraz Caribdis. Odiseo logró asirse a una higuera y, por segunda vez, salió con vida de la prueba. Que sea temerario intentarlo de nuevo añade morbo a la advertencia orteguiana de que la obra de caridad más propia de nuestro tiempo es no escribir cosas superfluas³.

Para situar las anteriores alusiones mitológicas en un terreno más inmediato bastarán dos citas recientes; He aquí una afirmación de Vattimo⁴: "Lo que intento sostener es: a) que en el nacimiento de una sociedad posmoderna los *mass media* desempeñan un papel determinante; b) que éstos caracterizan tal sociedad no como una sociedad más "transparente", más consciente de sí misma, más "iluminada", sino como una sociedad más compleja, caótica incluso; y finalmente c) que precisamente en este "caos" relativo residen nuestras esperanzas de emancipación". Frente a este propósito esperanzado oímos también las frecuentes voces de quienes sospechan de tanta complacencia; como ha escrito Félix Ortega: "Sin razón, no hay libertad. Por ello es urgente recuperar el legado ilustrado y expandirlo frente a la opinión, hoy dominante, conformada según el proyecto neobarroco".

³ José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, Espasa-Calpe, 17^a ed., Madrid 1966, p.9.

⁴ Gianni Vattimo, *La sociedad transparente*, Paidós, Barcelona 1990, p.78.

La situación de la inteligencia en el mundo de hoy es, en efecto, particularmente paradójica; la frustración que el intelectual siente depende de la lucidez con que asuma una circunstancia cuyo aspecto bifronte pone de manifiesto una ridícula contradicción: la que relaciona su capacidad con su insignificancia. Perdido en la selva de lo periódico, duda entre apartarse displicentemente de esa poderosa e insolente señora o rendirle el vasallaje que su alta dignidad reclama. Sabe qué decir, pero, casi siempre ha sido ya dicho, aunque nadie salvo él, y a veces ni eso, lo sepa; sabe que aún diciendo lo que sea la situación continuará celebrando imperturbablemente sus continuos ritos; entiende que lo que se dice le obligaría incluso a pegar bastonadas, por mucho que ello contradijera los anhelos de la paz perpetua que sus dioses tutelares le enseñaron a venerar; se siente conminado a participar en las ceremonias de la confusión con el ánimo de disolverlas pero se sabe seguramente incapaz y se sospecha débil y proclive a la traición a sus altos pareceres; en fin, se siente perdido por cuanto mucho de lo que se dice le provoca frecuentes inquietudes y sacude sus certezas: advierte con lucidez que muchos de los discursos instalados en lo periódico son cada vez más autónomos, más sofisticados y más eficaces. Y aunque se le conmine a la opinión sabe que, en el fondo, no tiene nada que explicar a ese auditorio.

No se puede culpar de la confusión a quienes no la celebran; en realidad, la pérdida del sentido que se pretende suplir con la más vociferante asamblea que jamás pueda ser descrita, comenzó hace mucho tiempo, diagnóstico en que parecen estar de acuerdo los expertos. Y es una tarea de gigantes, y de gigantes afortunados, dar con el punto de apoyo que sirviera para cambiar la historia. Tampoco son muy útiles, por tanto, los lamentos, que a muchos parecerán lágrimas de cocodrilo. ¿Qué cabe hacer pues? Por lo pronto, imitar la prudente conducta del docto anciano con la ingenua y hermosísima doncella: contar un cuento es grata tarea, de la que casi siempre se extraen hermosas enseñanzas. Pero los cuentos deben contarse en la intimidad, con voz queda, y dejando margen a la impresión de que lo que se narra, aunque pueda ser interesante, tal vez no sea completamente cierto.

1. Nuestra situación intelectual

En 1942, fecha lejana, mas como se verá, no tanto, Zubiri realizó un análisis de nuestra situación intelectual que puede servirnos de punto de arranque para describir los perfiles de este asunto. Según el

filósofo vasco el positivismo, el historicismo y el pragmatismo (y, añadiría yo, esa suerte de pragmatismo poco pragmático que fue el marxismo), han dejado al hombre de nuestro siglo en una clamorosa soledad, en una especie de deprivación intelectual que, como su gemela la deprivación sensorial, es proclive a la invención de diversos desvaríos. Es en este hueco notable donde se inscribe la vigencia de las diversas proclamas de la razón periódica.

Al hombre le queda, sin duda, la razón como "única realidad sustantiva"⁵, pero esa razón es, más que una solución a la busca de problemas, una fuente de enigmas. Poca cosa, en suma, para habérselas con un mundo lanzado con la aceleración más vertiginosa de la historia. Tenemos una idea clara de lo que es la razón instrumental, tan clara como de su insuficiencia; pero no tenemos mucho más. Como recordábamos líneas arriba, la razón ha sido vista o como la estructura del mundo o como la afirmación del sujeto: ambas encarnaciones se han desvanecido frente a la insignificancia a que la razón, cada vez más exigente e inmisericorde consigo misma, se ha visto reducida. Por ello, el pensador de este siglo se ha tenido que enfrentar a una tarea a la vez titánica y paradójica: una reinención de Descartes o de Kant, cuando ya sabíamos en qué piedra habían tropezado. No es casual que el irracionalismo haya crecido en un terreno tan bien abonado. Por muy distintas y complejas razones, que no es el momento de examinar, la filosofía del siglo ha ido comprobando minuciosamente hasta qué punto estábamos en un callejón sin salida, en la gran avenida del nihilismo que Nietzsche supo anunciar y describir. En tal tesitura era evidente el papel que le correspondía a la ciencia moderna, tanto proporcionando argumentos desoladores como proponiendo ideales de conocimiento posiblemente inalcanzables. De ahí que haya parecido que solo de la ciencia habría de venir la solución y de ahí, también, que las especulaciones de biólogos y de físicos hayan sido muchas veces más interesantes que las áridas consideraciones de los filósofos de profesión⁶.

De uno u otro modo, estamos, a este respecto, como estábamos a principios del siglo que ahora declina, no habiendo avanzado más que en el diagnóstico de nuestros males (lo que no es poco, pero a los

⁵ Xavier Zubiri, *Naturaleza, Historia, Dios*, 5ª ed., Nacional, Madrid 1963, p.30.

⁶ Martín Gardner comenta que en las obras de los filósofos profesionales de ahora no se encuentran temas metafísicos interesantes. vid. Martín Gardner, *Los porqués de un escriba filósofo*, Tusquets, Barcelona 1989, p. 414. En esta línea cabe recordar lo dicho por Popper, "En mi opinión la filosofía profesional no lo ha hecho demasiado bien. Está urgentemente necesitada de una "apología pro vita sua", una justificación de su existencia", vid. Karl Popper, "Cómo veo la filosofía", en Ch. Bontempo y J. Odell, *La lechuza de Minerva*, Cátedra, Madrid 1979, p. 58.

doctores se les suele pedir, con más urgencia que el diagnóstico, una terapia: tan solo tenemos las viejas recetas de la abuela). Baste pensar que, como es corriente reconocer, los dos grandes pensadores del siglo, Heidegger y Wittgenstein, además de proponer aforismos y dificultades, no han hecho gran cosa y hace más de cincuenta años que casi solo se habla de ellos. Es posible que haya alguna solución y no nos hayamos enterado (no sería la primera vez que esto pasa en círculos incluso más serios), pero no parece ser así. Estamos comprobando cómo la escena se complica, cómo la difusión de la cultura no aumenta su espesor ni su eficacia, que, por decirlo metafóricamente, la simple ampliación de las audiencias no mejora la calidad de la música. Una especie de segundo principio de la termodinámica, como gustaba recordar Juan de Mairena, se burla de nuestras intenciones y nos obliga a meditar sobre los riesgos de la cultura⁷.

Como decían los escolásticos, la naturaleza tiene horror al vacío, y ese vacío cultural no se ha resuelto, pero se ha hecho lo posible por disimularlo de modo piadoso. Es esta operación de "política cultural" quien ha hecho necesaria la circulación de nuevas mercancías, el motivo por el que se ha legitimado la entronización de filosofemas más o menos brillantes, la gran algarabía de los autores de moda, y la ultradifusión de las supuestas novedades del momento. Es una salida, pero vale bien poco como remedio; recordemos, no obstante, el problema en palabras de Zubiri⁸: "A solas con su pasar, sin más apoyo que lo que fue, el hombre actual huye de su propio vacío: se refugia en la reviviscencia mnemónica de un pasado; exprime las maravillosas posibilidades técnicas del universo; marcha veloz a la solución de los urgentes problemas cotidianos. Huye de sí; hace transcurrir la vida sobre la superficie de sí mismo. Renuncia a adoptar actitudes radicales y últimas: la existencia del hombre actual es constitutivamente centrífuga y penúltima. De ahí el angustioso coeficiente de provisionalidad que amenaza disolver la vida contemporánea. Pero si, por un esfuerzo supremo, logra el hombre replegarse sobre sí mismo, siente pasar por su abismático fondo, como *umbrae silentes*, las interrogantes últimas de la existencia. Resuenan en la oquedad de su persona las cuestiones acerca del ser, del mundo y de la verdad. Enclavados en esta nueva soledad sonora, nos hallamos situados allende todo cuanto hay, en una especie de situación transreal: es una situación

⁷ Vid. J. L. González Quirós, "Sobre los riesgos de la cultura", Madrid, 22-10-71, p.3. Las alusiones de Juan de Mairena al principio de Carnot-Clausius se encuentran en Antonio Machado, *Juan de Mairena*, II, Losada, 3ªed. Buenos Aires 1943, p.66.

⁸ Zubiri, op. Cit. P. 31.

estrictamente metafísica, metafísica. Su fórmula intelectual es justamente el problema de la filosofía contemporánea".

Abundan los pensadores que no han sido coherentes con la radicalidad del problema planteado, renunciando de modo bastante obvio al ejercicio de la función que los filósofos han tenido como propia en tiempos pasados. Aún cuando se asuma la irrelevancia social de tal empeño (como repetidamente subrayan los pragmatistas⁹) es difícil negar que al pensador le han de importar mucho más los problemas que las modas, aunque las modas mismas planteen no pequeños problemas. Esta renuncia a la dificultad es, a la vez, la esencia (lo que destila) de la razón periódica y no la menor de las causas de la idolatría (casi universal en los países latinos) con que se considera ese universo.

Lo anterior significa, por lo pronto, que no nos hallamos tan solo ante un problema planteado por meras circunstancias de hecho, sino también ante una subversión de los valores intelectuales que nuestra tradición daba por asumidos. En esta afirmación cabe leer un simple lamento de tipo corporativo (en quienes lo entonen); discriminar hasta qué punto se mixtifican estas especies no es cosa fácil, aunque, por fortuna, nadie nos urge a un veredicto definitivo. Una última advertencia es necesaria: no se trata aquí de negar el valor de cualesquiera clases de productos culturales por supuestamente inferiores (intento este poco razonable en cualquier caso, e incluso perverso desde que se publicó *Apocalípticos e integrados*) sino de reconsiderar hasta qué punto la crítica de las tradicionales categorías metafísicas puede ser leída como una autorización para la desenvoltura intelectual y cómo una justificación válida de su sustitución por categorías puramente coyunturales impuestas por la industria del momento.

2. Anatomía de la razón periódica

⁹ Véase lo que escribe Rorty: "debería considerarse que el intelectual *como* intelectual siente una necesidad especial, idiosincrásica -la necesidad de lo inefable, lo sublime, la necesidad de trascender los límites, la necesidad de utilizar palabras que no forman parte del juego de lenguaje de nadie, de ninguna institución social. Pero no debería considerarse que el intelectual sirve a un propósito *social* cuando realiza esta necesidad." Richard Rorty, "Habermas y Lyotard sobre la posmodernidad", *Revista de Occidente*, 85 (1988), p. 91.

El universo periódico esconde y enseña muy diversos parajes en, al menos, tres dimensiones: la objetiva y pública, mensurable al menos en principio; la faz subjetiva, de difícil descripción y tan incontable como las multitudes; y, "last but not least", su aspecto doctrinal e ideológico: la teoría que lo ensalza y justifica. De estas tres vertientes cabe una sucinta descripción anatómica, que muestre su articulación en el plano en que la realidad que habitamos se construye como panorama dotado de sentido. Examinaremos a continuación los principales rasgos de este imponente sistema de la razón periódica.

1. Hay que destacar, en primer lugar, la preeminencia que tiene el universo periódico sobre los modos clásicos de socialización: el más tradicional de la familia, transmisor de creencias, religión y valores, y el moderno sistema educativo, orientado, en principio, a la tematización de los hechos, a la incorporación a la ciencia. En este contexto la introducción del periódico en la escuela, que algunos propugnan con un desinterés digno de toda sospecha, no puede mover sino a una desesperada rechifla, como ya lo hizo notar Karl Kraus nada menos que en 1912¹⁰. La preeminencia del universo periódico es, a la vez, cuantitativa y cualitativa: no solo hay información abundante sino un auténtico troquelado de nuestra identidad; porque, en efecto, la prensa, la radio, la música, el cine y la televisión conforman hoy nuestra conciencia de un modo mucho más poderoso que cualquier otra clase de práctica.
2. El sistema funciona de un modo muy peculiar: para empezar, de forma literalmente inagotable; cada día, cada minuto y cada segundo estamos siendo "actualizados" por alguno de sus numerosos canales; ello crea una singular adición a la que no se ha puesto nombre: la imagen habitual de las películas americanas nos muestra una televisión siempre encendida (aunque parezca que nadie la está atendiendo) y la industria nos proporciona cada día inverosímiles radiorreceptores que nos pueden acompañar hasta en el confesionario. Tanto servicio tiene, lógicamente, un precio que se paga conforme a las exigentes reglas establecidas. Probablemente nunca nada revolucionó tanto el mundo desde la invención del reloj de pulsera: éste nos dio un tiempo individual y presuroso, rompió el ritmo natural de los días y nos obligó a obedecerle. La novedad nos priva de algo aún más precioso, sustituye la

¹⁰ Karl Kraus, *Escritos*, Visor, Madrid 1990, p.83 y ss.

mirada por un mensaje que, de uno u otro modo, nos obliga a ser pasivos aparentando casi siempre lo contrario.

3. El universo periódico funciona exclusivamente en una de las direcciones del simplicísimo esquema emisor receptor. Sus dictados son, literalmente, incontestables. Como ha escrito Guy Debord¹¹, "el solo hecho de carecer en lo sucesivo de réplica, ha dado a lo falso una cualidad nueva", porque "la desinformación se despliega en un mundo en que no hay lugar para ninguna comprobación". No cabe ni contrastar ni preguntarse por lo verdadero. Wittgenstein parodió la comprobación, imaginando a un sujeto que para asegurar algo que ha leído en el periódico sale a la calle a comprar ejemplares del mismo diario. Dada la uniformidad del mensaje podría haber generalizado la experiencia. En la era de la comunicación ya se han generado los recursos para adaptarse a esa singular pérdida. Como ha escrito Vattimo¹², "... si por el multiplicarse de las imágenes del mundo perdemos, como se suele decir, el *sentido de la realidad*, quizá no sea ésta, después de todo, una gran pérdida".
4. No es ninguna novedad apuntar que nuestro siglo, como le dijo Burckhardt a Nietzsche¹³, es la época de la supersimplificación. En esto somos herederos de una tradición que se remonta a Descartes: como escribe Jorge Wagensberg¹⁴, "En más de tres siglos de ciencia todo ha cambiado excepto tal vez una cosa: el amor por lo simple". Con tan ilustre antecedente no es cosa de pedir a los periodistas que se pongan a reconquistar la complejidad del mundo. Sin embargo, la simplificación de lo periódico es de un género distinto y, si cabe, aún más peligroso, porque es una transformación que borra sus orígenes. Desdeñada la estructura de lo real, lo periódico puede imponer sus propias categorías sin que resulten ni adecuadas ni impropias: es el orto de un mundo nuevo que se regirá por sus propias leyes.

¹¹ Guy Debord, *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*, Anagrama, Barcelona 1990, pp. 24 y 63.

¹² Vattimo, op. cit. p. 83.

¹³ Citado por Gian Carlo Rota en Philip J. Davis y Reuben Hersh, *The mathematical experience*, Penguin, Boston 1981, p. xvii. Rota añade: "Not even the best minds of Science have been immune to the lure of oversimplification".

¹⁴ Jorge Wagensberg, *Ideas sobre la complejidad del mundo*, Tusquets, Barcelona 1985, p.11

5. La principal forma de ser de lo que habita este nuevo universo es la notoriedad: pero la notoriedad que se crea, nunca la que pudiera ser reconocida como una condición previa a la acción narrativa y dispersadora de los medios. La notoriedad así establecida, se muestra con la ingenuidad de lo natural, y está llena de invitaciones a reconocer lo "obvio": oculta el espesor de lo que relata, y lo sustituye por más de lo mismo.

6. Esta carencia de estructuras congruentes con lo que supuestamente se retrata es la más subversiva de las facultades de que goza lo periódico. Por su virtud se convierte, efectivamente, en una fuerza con capacidad suficiente como para arrinconar a los poderes tradicionales. Es, claramente, un mecanismo de control que, librado a su propia lógica, pugnará por lograr una sociedad conforme a sus intereses y pareceres. Su actuación anula los mecanismos normales de la retórica y la persuasión, y reduce la argumentación al sueño de Goebbels. Estamos en las manos de los comunicadores y nuestros designios se deciden y modulan con las artes de que disponen los nuevos sofistas. Naturalmente que esto no es inevitable, pero resulta de una frecuencia sospechosa. Hace ya mucho tiempo que Jaspers¹⁵ constataba que "la génesis de una clase, con ética propia, que ejercita, de hecho, el predominio espiritual del mundo, es el signo de nuestro tiempo"; y, en un lenguaje más agresivo, Ortega¹⁶ advertía que "una nueva técnica de mutuo conocimiento entre los pueblos reclama una reforma profunda de la fauna periodística".

Se puede establecer una analogía entre el universo periódico y el financiero. Tanto en el terreno internacional como en el empresarial y en el ámbito doméstico, el poder financiero se mueve por consideraciones que son, en principio, completamente ajenas a la economía real, al lógico decurso de la producción como actividad humana fundamental. El mundo financiero está, sin embargo, sometido a contingencias que le restan, en cierto modo, autonomía: crisis, temores, acontecimientos políticos, innovaciones técnicas etc., le obligan a mantener un cierto anclaje en el mundo común.

¿Se da esta clase de anclajes en el universo periódico? No se puede negar ni la existencia ni la acción de quienes controlan ese universo,

¹⁵ Karl Jaspers, *Ambiente espiritual de nuestro tiempo*, Labor, Barcelona 1933, p. 124.

¹⁶ J. Ortega y Gasset, op. cit. p.187.

como existe quien domina el financiero. Nada más fácil que imaginar teorías conspiratorias y nada más cierto que la realidad de numerosos contubernios y maquinaciones. Sin embargo, sería una caricatura imaginar una especie de "genio maligno" detrás de las manifestaciones que nos producen desasosiego; basta pensar en algo mucho más simple y cotidiano: la estupidez y la ignorancia de todos y cada uno que encuentra fácil redención en las letras de molde. Además es evidente que se puede operar sobre tal universo, al menos en alguna medida, como bien saben los publicitarios y los políticos. La verdadera cuestión, debería centrarse, por tanto, no en la influencia de quienes, de uno u otro modo, modulan las emisiones de la razón periódica, sino en si hay en ese universo mismo estructuras que atenúen su autonomía y su poder, si es posible seguir pensando que de la galaxia mediática salga algo que no sean sobresaltos.

Tal vez el mundo de lo periódico sea necesariamente un mundo ambiguo, un orbe racional que, al dirigirse a todos y a ninguno, ha de hablar un lenguaje tan pobre como una pobre versión del volapuk. En efecto, si no es así de modo necesario, parece serlo. ¿Cómo hacer que sobreviva una cultura no limitada por las renunciadas y carencias de esa gigantesca "conversación de la humanidad", de esa monumental bronca que a cada segundo se nos presenta y resume? Pues, en todo caso, se ha establecido una escisión sorprendente y peligrosa que, exagerando un poco como exige la buena comunicación, podría expresarse del siguiente modo: quienes tienen algo que decir no dominan esos medios, y quienes dominan esos medios nada nos tienen que decir. De nuevo la notable excepción es la de los políticos, pero como se sabe, con gran frecuencia, simplemente no dicen nada.

3. Patología: la filosofía periódica

La principal afirmación de este trabajo es que la imagen de lo real que ha promovido el pensamiento de este siglo es, en buena medida, responsable de que lo periódico haya rebasado ampliamente los cauces que definieron su sentido, convirtiéndose en el nuevo dispensador de certificados de vigencia. La consecuencia más relevante de este análisis puede extraerse sin mucha dificultad: dada esta situación, muchos filósofos han sentido la comprensible tentación de subirse al carro de la noticia forzando novedades

placenteras para los nuevos dioses. Por fortuna este dictamen, además de que pueda no ser correcto, es, en todo caso, insuficiente. Pero hay una parte significativa de teóricos, sobre todo, aunque no solo, los promotores de posmodernidad, cuyo derecho a pensar como lo hacen no les exime de la responsabilidad de ser complacientes con un estado de cosas que dista de ser admirable.

Dos son las manifestaciones principales de esta connivencia de los intelectuales mediáticos con la confusión hecha virtud. En primer lugar, la idea de que todo lo establecido es bueno saludable y hermoso, la resignación que no conoce su nombre, la renuncia a la esperanza en que la humanidad pueda alcanzar un futuro mejor que habría de ser imaginado, formulado y procurado; en palabras de Guy Debord¹⁷, "se ha acabado con aquella inquietante concepción, que dominó durante doscientos años, según la cual una sociedad podía ser criticable y transformable, reformada o revolucionada". En segundo lugar, la hipócrita inocencia con que circulan innumerables banalidades bajo el torpe disfraz de lo "científico", lo "contemporáneo", o cualquier otra máscara; la suficiencia con que se proponen las más enloquecidas formas de irracionalidad, y de simple engaño, bajo el débil amparo de la libertad de pensamiento; tales mixtificaciones, por sí mismas, caerían pronto en el descrédito y no serían ni siquiera un buen objeto de consumo; pero ciertos intelectuales se aprestan siempre a darles respetabilidad con el aval de su presencia en los escenarios de la dominación cultural. Sucede entonces lo que ha descrito Revel¹⁸ con su habitual trazo fuerte: "En el seno de la multitud una creencia se extiende no por persuasión, sino por contagio. La misión de los intelectuales sería, teóricamente, aminorar esos mecanismos irracionales: en la práctica, los aceleran".

Aunque sería menester dedicarles mayor atención, vamos a detenernos a considerar algunas de las ideas que se han hecho fuertes en la imagen que de sí misma ha dado la apología de la posmodernidad, la que podemos llamar filosofía periódica.

El carácter de la filosofía periódica

La filosofía actual exhibe una persistente tendencia a diferir una y otra vez los problemas de fondo. Es lógica esta precaución en una

¹⁷ Guy Debord, op. cit. p. 33-34.

¹⁸ Jean F. Revel, El conocimiento inútil, Planeta, Barcelona 3ª ed. 1989, p. 331.

generación muy escaldada por la crítica y de sobra prudente para cometer de nuevo los excesos de antaño. De la orgullosa comparación con la ciencia que pretendió el idealismo, se ha venido a parar en una "minifilosofía"¹⁹ que confunde la dificultad de los problemas con la imposibilidad de decir algo provechoso sobre ellos. La filosofía es vieja y el mundo parece nuevo cada día; es comprensible el cansancio de algunos si piensan que solo pueden repetir vetustos filosofemas y vivir de la sopa del convento. Pero no es así: nada obliga a elegir entre la escolástica y el nihilismo, a optar entre la repetición y el desmelenamiento.

La filosofía profesional no ha tenido nunca tantos cultivadores ni medios como ahora: sin embargo los frutos distan de ser apoteósicos. Una especie de ley sociológica ha empujado a la mayoría de los filósofos a la sombra de la ética y la estética, tal vez por ser estos los únicos paraderos en que no se vislumbra otra autoridad que la de ellos mismos. En la división de los problemas que Kant estableció con sus tres *Críticas*, es realmente llamativo el olvido de la temática de que se ocupó en la primera de ellas.

Es posible que una aproximación hermenéutica le rinda mejores servicios al pensamiento de hoy que el modelo epistemológico, como ha defendido con enorme brillantez Richard Rorty²⁰ en un trabajo que constituye una admirable demostración de lo lejos que se puede ir por ese camino. Cabe, incluso, que sea menester hacer lo que dice Rorty y no "tomarse a Kant demasiado en serio"²¹, pero, pese a lo peligroso y superfluo que puede resultar dicho consejo, bastará con recordar que lo natural es que a la hermenéutica le siga la afirmación, con toda la modestia del mundo, porque, en otro caso, la labor habría sido en balde. Solo en este supuesto la "conversación de la humanidad"²² puede pretender continuar siendo un motivo interesante.

19 La expresión es de Keith Campbell, quien considera la dedicación a los significados y la renuncia a lo verdadero como un error que "has complex causes in the despair of twentieth-century intellectuals". Wittgenstein es según Campbell quien ha expresado esta renuncia de modo más característico al declarar, "Philosophy leaves everything as it is". Vid. K. Campbell, *Body and Mind*, MacMillan, London 1971. Cfr. Popper, op. cit. p. 61, "Wittgenstein y el Circulo de Viena negaron la existencia de problemas filosóficos serios". Ya Berkeley había hablado de "filósofos diminutos".

²⁰ Ver, sobre todo, los capítulos III y VII de *La Filosofía y el espejo de la naturaleza*, Cátedra, Madrid 1983. La misma idea está defendida en el artículo de Gianni Vattimo "La hermenéutica como koiné", *Revista de Occidente*, 80, (1988), 101-112. Es curioso que Vattimo no cite a Rorty: el "mundo 3" de los hermenéuticos está lleno de misterios.

²¹ Richard Rorty en el artículo citado, p. 80.

²² Richard Rorty, op.cit. p. 351. La expresión supone una alusión al título de una obra (*The voice of Poetry in the conversation of Mankind*) del profesor de Cambridge Michael Oakeshott, que, según Rorty, capta el tono en que "debe estudiarse la filosofía". Esta concepción que Rorty

Es un hecho que la filosofía actual no está, ni por sus temas ni por su talante, en condiciones de suscribir el baconiano "De nobis ipsis silemus" que Kant colocó en la contraportada de su primera Crítica. En lugar de la sobriedad de hablar de cosas, algunos parecen haber escogido el camino de la indiferencia y la arbitrariedad, único expediente que les parece adecuado para que se pueda subrayar, con todo vigor, la "autonomía individual"; de este modo se acaba también con lo que Lipovetsky se ha atrevido a llamar el "imperialismo de lo verdadero"²³.

La filosofía periódica se siente legitimada, en buena medida, con las consecuencias de tales planteamientos: la renuncia a sustantivar cualifica al filósofo con lo que Baudrillard²⁴ considera propio de la media, que hacen desaparecer el evento, el objeto, lo referencial. El filósofo ya no habla de nada sino de sí mismo, de un "yo" cuyo interés reside en sus actos de habla, en lo que ahora pueda decir sin importar lo que ayer hubiera dicho; de un "yo" sin naturaleza ni espesor, y que, poco a poco, se va quedando también sin historia. Hay una obsolescencia planificada de los productos de la vida intelectual, que, en muy pocos casos, pueden resistir la dura prueba de la relectura con el paso del tiempo; y ello no tanto porque sean de hecho sustituidos por nuevos productos sino por estar pensados precisamente para ser inmolados en esa ceremonia de la desaparición; en una especie de tolerancia orwelliana, las huellas del ayer se borran o reescriben a placer, el pasado se vuelve cautivo de la actualidad y el presente se va estrechando, en años primero, luego en meses, tal vez no muy tarde en días haciéndose tanto más incomprensible cuanto más nos tiraniza.

Por tales caminos pronto se llega a lo que se ha llamado la abolición de los "grandes relatos", a la desconfianza en las capacidades de la razón, a la constatación de que puesto que no podemos encontrar el sentido de la historia (sobre todo si no se busca con denuedo, habría que decir), hemos de refugiarnos en reescribir diversas nimiedades, en imitar de nuevo a los redactores de esos "museos de minucias

perfila y sofisticada, ha sido durísimamente criticada por Peter Munz, en "Philosophy and the Mirror of Rorty", pp. 345 a 398 de G. Radnitzky y W.W. Bartley III Eds., *Evolutionary Epistemology, Rationality, and the Sociology of Knowledge*, Open Court, La Salle Illinois, 1987.

²³ Gilles Lipovetsky, *La era del vacío*, Anagrama, Barcelona 1987, p. 115.

²⁴ Jean Baudrillard, *Las estrategias fatales*, Anagrama, Barcelona 2ªed. 1985, p. 91.

efímeras" que decía Borges²⁵. Sin embargo, la obsolescencia del periódico del día es un requisito de la industria de la información, y una conveniencia política, pero no un imperativo del saber. Desde este último punto de vista tanto daría, en muchas ocasiones, leer uno de meses, o años, atrás. De manera que la renuncia a los viejos relatos, que en el fondo se pretende legitimar por la supuesta urgencia e inaplazable relevancia de las narraciones del día, no se justifica en modo alguno; sobre todo, porque, sin ser del todo ciertos, valen más que su ausencia²⁶. Como remedio a la carencia de los tales relatos, cuya crisis se anuncia y se promueve, se ha propuesto una suerte de libertad absoluta para la investigación: el pensador no tendría otro compromiso que el de llenar las páginas de lo que ha de ser devorado por la provocada avidez de las audiencias; la utópica, en el mal sentido del término, alusión al libre acceso a las memorias y bancos de datos que hace J.F. Lyotard²⁷, además de favorecer la confusión, tan de hoy, entre información y saber, olvida que, como ha escrito Patxi Lanceros²⁸, "Soñar con la democratización de los saberes sobre el fondo de las redes de información tiene un cierto parecido con el sueño de la distribución equitativa de la riqueza sobre la base del incremento productivo" .

Con el señuelo de la última novedad, algunos pensadores han perdido los papeles y quieren apresurarse a editar otros con inusitada rapidez. Esta actitud supone el desconocimiento más completo de algunas reglas del oficio, además de no tener en cuenta que la filosofía significa reflexión sobre nuestras propias presuposiciones, trabajo denodado con algunos problemas que no hay que abandonar sólo porque la mayoría no entienda en qué consisten. Existe incluso, cabría decir, una dimensión ética del pensar que frecuentemente se olvida, porque como ha dicho Gilson²⁹, "los hombres somos muy aficionados a buscar la verdad, pero muy reacios a aceptarla".

²⁵ Jorge Luis Borges, *El libro de arena*, Alianza, Madrid 1987 (Avelino Arredondo).

²⁶ La contraposición entre relatos y noticias recuerda lo que escribió Rougemont a quien Javier Sádaba citó en *El País* del día 22 de marzo de 1984: "El hombre de hoy es más propicio a creer en las mentiras del día que en las verdades eternas". La frase del filósofo suizo dice exactamente, "Pero, ¿quién cree aún seriamente en la Biblia en un mundo en que creemos en los periódicos? Así son las cosas: al hombre moderno le cuesta menos creer en las mentiras del día que en las verdades eternas transmitidas por los libros sagrados"; vid. Denis de Rougemont, *De la parte del diablo*, Planeta, Barcelona 1983, p. 14.

²⁷ J.F. Lyotard, *La condición posmoderna*, Cátedra, Madrid 1984, p.119.

²⁸ Patxi Lanceros, "Apuntes sobre el pensamiento destructivo", en G. Vattimo y otros, *En torno a la posmodernidad*, Anthropos, Madrid 1990, p. 152.

²⁹ Etienne Gilson, *La unidad de la experiencia filosófica*, Rialp, Madrid 1960, p.83.

Es la "noticia" como modelo del saber quien empuja a muchos a recorrer el mundo anunciando la buena nueva de sus discursos. Es verdad que la soledad del científico y del pensador se hace muchas veces insoportable y es humano ceder a la tentación de la sociedad del espectáculo. Pero debería ser evidente que nada cabe esperar de esas andanzas salvo empeorar la ya lamentable impresión que se da a quienes de verdad piensan por su cuenta. Decía el viejo Baroja³⁰ que el mérito para los "snobs" es hacer siempre descubrimientos, pero los descubrimientos auténticos, en cualquier terreno que no sea el puramente fundado en la ignorancia deliberada del pasado, hace mucho tiempo que están caros³¹.

No solo como reflexión crítica sobre el presente, sino en todo lo que va desde la política a la física, el pensamiento tiene una gran labor que hacer: ciertamente no será hecha si se entronizan como categorías del pensar las categorías del universo de la noticia.

La crisis del pensamiento político

El orden político ha sido hasta la fecha uno de los ámbitos en que el pensamiento filosófico encontraba un amplio conjunto de cuestiones plenas de sentido y una legitimación por encima de toda sospecha. Los filósofos europeos han vivido buena parte de las últimas décadas polemizando a favor y en contra del marxismo, aún cuando desde la

³⁰ No me resisto a la cita completa: "El mérito para los snobs es hacer siempre descubrimientos. Así han llegado al dadaísmo, al cubismo y a otras estupideces semejantes. Muchas veces han querido dar un aire científico a las estupideces de la moda. En un libro alemán de arte que vi en Basilea se hablaba de la filosofía de Kant y de la de Picasso. En España, en tiempo del krausismo, había taurófilos que explicaban la habilidad de Lagartijo o de Frascuelo por la filosofía del pesado profesor alemán". Pío Baroja, *Desde la última vuelta del camino. Memorias. Final del siglo XIX y principios del XX*, tomo III, Caro Raggio, Ed. del centenario, Madrid 1982, p. 91. Muy agudamente atribuye Baroja (p. 186) tanto desvarío al "charlatanismo heredado de Hegel".

³¹ "La literatura científica y filosófica es abundante. Las contribuciones teóricas sustanciales, no. Cada contribución teórica sustancial es casi un milagro. Nadie está en obligación alguna de producir algo de este género. Cualquiera que contribuya en alguna medida a hacerlo merece simple aclamación, y no por ello incurre en obligación adicional alguna." W. van O. Quine, en Bontempo y Odell, op. cit. p. 234.

otra orilla del Atlántico se nos advirtiera que la muerte del socialismo es el hecho político incomprendido de este siglo³². Esta subordinación europea a una teoría de la revolución tuvo su contrapunto americano en lo que Smart denunció como una reducción de la filosofía al papel de sirvienta de los políticos progresistas de la época³³.

El caso es que, por unas u otras razones, la filosofía política no ha sido escenario de avances indiscutibles, lo que ha supuesto un debilitamiento de las doctrinas políticas en general, que se ha achacado sobre todo a otras circunstancias. En lo que concierne a nuestro asunto hay que considerar el notable deterioro que la propaganda ha tenido en la capacidad de análisis de muchos pensadores (una vez más, Russell y Popper son las dos grandes excepciones) que han sido víctimas de la desinformación que transmitía cada día la prensa. Como hubo de confesar Susan Sontag, a propósito de la realidad soviética, es duro reconocer que el "Reader's Digest" proporcionaba mejor información que el "New York Times".

¿Cómo es posible que grandes pensadores, avezados y sutilísimos críticos hayan sido engañados por tanto tiempo y con tanta facilidad? La causa debe buscarse en uno de los aspectos más destructivos de lo que venimos llamando "razón periódica": en aquella creencia según la cual lo que es sostenido por muchos no puede ser falso. En el terreno de la teoría política este modo de pensar debería ser aún más digno de sospecha que en otros ámbitos, pero ha sido, por el contrario, un auténtico vendaje en los ojos de la mayoría. Las raíces de esta convicción son realmente profundas y complejas pero tienen en todo caso que ver con la autosatisfacción que a muchos intelectuales les produce la creencia en su propia excelencia.

El intelectual se siente heredero de una gloriosa tradición que es cada día invocada en tonos de soflama por los gacetilleros del mundo entero, que es utilizada como piedra de contraste para la demarcación entre las buenas gentes y los sospechosos. Así se produce una "cosificación" de conceptos que funcionan como auténticos amuletos y que suelen impedir no ya el análisis sino su

³² Daniel Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Alianza, Madrid 1977, p. 231.

³³ Vid. Bontempo y Odell, op. cit. p. 89.

mera mención. De este género de talismanes se podría hacer una relación tan larga como se quisiera que, en todo caso, incluiría términos tales como "pacifismo", "democracia", "derechos humanos", "progresismo", "autodeterminación", "libertad", "igualdad", etc.; lo que de todo ello se deriva, es que se habla más que se piensa, y que se desestiman como prejuicios de la peor especie las insinuaciones en contrario.

A partir de este estado de cosas, muchos parecen haber descubierto un horizonte oscuro una vez que se ha admitido la inconsecuencia del socialismo y el marxismo; sin embargo, el problema es más grave ya que carecemos de una teoría política a la altura de las exigencias y las posibilidades de hoy. La razón periódica, que es por esencia profundamente rutinaria y conservadora, impide que percibamos las deficiencias de nuestras actuales democracias, y se constituye en una especie de niebla conceptual que uniformiza y confunde todas las propuestas políticas en aras de una supuesta madurez económica y tecnológica. Por este camino la democracia se depaupera, acaba prescindiendo de cualquier justificación positiva, y viene a ser preferida, como ha escrito Debord³⁴, no por sus resultados sino en razón de los enemigos que se le oponen, no por sus posibilidades sino justamente por su supuesta inevitabilidad.

No se trata, en modo alguno, de que los conceptos que vertebran las tradiciones liberal y democrática carezcan de contenido; toda aquella ristra de palabras a que aludíamos arriba pueden ser articuladas en una teoría coherente y capaz. Sin duda alguna, pero, por una exigencia de lucidez, es necesario reconocer que dicha teorización es, de algún modo, insuficiente y se ha visto superada en muchos aspectos no irrelevantes por el conjunto de sus ineficiencias y defectos. Negarse a reconocer este panorama es permanecer en la superficie de la propaganda y en la misma debilidad teórica que en este siglo ha permitido los embates del fascismo, el terror y la barbarie organizada.

Por otra parte, resulta patente que uno de los fenómenos más sorprendentes de nuestro tiempo es el alto grado de arroboamiento y bobería que ha alcanzado frente al poder una de las generaciones de origen más anarquista que se hayan conocido. Los jóvenes de Reagan y los socialdemócratas europeos del momento, se formaron en una eclosión de radicalismo y utopía en los años finales de la

³⁴ Guy Debord, op. cit. p. 36.

década de los sesenta: nada de su conducta actual lo indica, como no fuera el porte que se les supone en el "santuario" de su vida privada.

Este es el escenario y está claro que no hay un guión de calidad para el futuro. La filosofía periódica no nos es de mucha ayuda, no sólo porque las apologías de la posmodernidad hayan sido tachadas como neoconservadoras³⁵, sino, sobre todo, por cuanto se predica un acercamiento a lo político que disuelve completamente la capacidad racional de imaginar alternativas y pone en cuestión el alcance emocional de las motivaciones solidarias. Como ha escrito Lipovetsky³⁶, "La política ha entrado en la era de lo espectacular, liquidando la conciencia rigorista e ideológica en aras de una curiosidad dispersada, captada por todo y nada"; como constatación no está del todo mal, pero lo perverso es que la filosofía periódica nos proponga, en una especie de "falacia naturalista" al revés, la desnuda reducción de lo que debe ser a lo que simplemente se lleva.

La arbitrariedad de los relatos

Nuestra época ha sido y es testigo de situaciones y posibilidades absolutamente inéditas que, como suele pasar, nada indica que vayan a ser siempre bien empleadas. Los sociólogos han tenido muchas oportunidades de constatar hasta qué punto esta superabundancia de posibilidades está determinando nuestra vida y perfilando un panorama cultural extremadamente abigarrado y complejo. Daniel Bell³⁷ ha diagnosticado bien esta clase de fenómenos con una doble constatación: las vanguardias han triunfado y la cultura, aún más que la tecnología, se ha convertido en el vector más dinámico de nuestra situación sociológica

Es dudoso que este dinamismo que el sociólogo detecta, pueda decirse de algo más sofisticado y complejo que las artes creativas y la cultura popular, que la cultura como forma de vida; no está claro que nuestra ciencia y nuestra filosofía sean ahora más creativas que hace setenta años. Sea el caso como fuere, me parece importante subrayar la importancia que han tenido para la constitución de este estado de cosas dos factores de origen bien diverso, al menos en principio.

³⁵ Vid. al respecto el artículo de José María Mardones, "El neo-conservadurismo de los posmodernos", en G. Vattimo y otros, op. cit. pp.21-40.

³⁶ G. Lipovetsky, op. cit. p. 39.

³⁷ Daniel Bell, op. cit. p. 45 y 47.

1. En primer lugar, la existencia de técnicas poderosas que no han sido alumbradas como respuestas a necesidades precisas, sino que han visto la luz en virtud del éxito obtenido en la resolución de problemas ajenos, cuando no en una casualidad más o menos explicable. Piénsese, por ejemplo, en las sorprendentes herramientas que la tecnología digital concede a los realizadores de programas visuales: importa subrayar que tales técnicas no son hijas de las necesidades expresivas de los "video artistas". Pues bien, una ley de la sociedad de consumo establece que toda posibilidad debe ser explotada³⁸: y de ahí que tengamos nuevas formas de visualización que responden, muy estrictamente, a puras posibilidades sin que la necesidad comparezca para nada. Esta compulsión del consumo es un requisito de lo que entendemos hoy en día por creatividad: como decía una canción de hace años, "soy rebelde porque el mundo me ha hecho así". Sin embargo, la contradicción no existe sino para quienes se "abisman en la abstracción", porque para los "creadores", la esclavitud de los nuevos medios es más bien una fabulosa garantía de empleo mientras "anything goes".

2. En segundo lugar, ha habido una crisis de la conciencia histórica que se apoya en factores muy diversos: desde la llamada aceleración de los tiempos, hasta el crecimiento y juvenilización de la población europea tras las guerras (pasando por la necesidad de olvidarlas, la dificultad de explicarlas y la consiguiente merma de calidad de los sistemas educativos). Esta crisis tiene, además, unas raíces intelectuales bien precisas: el descrédito de las dramáticas ficciones del hegelianismo y la ruina de la idea de que lo histórico es la progresiva desvelación e implantación de algo que es de suyo necesario. Aunque resulte curioso (quiero decir: de complicada justificación), esta bancarrota del "historicismo" (en el sentido de la obra de Popper) ha sido catalizada por la propia "revolución" (en el sentido de Kuhn), acaecida en la ciencia, por el despido del genio laplaceano y la afirmación del indeterminismo en microfísica.

Ambos factores han favorecido el "adanismo" de nuestra cultura, la necesidad de reinventar el mundo, la sensación de que puesto que nada está escrito, cualquier cosa se podría decir y, por tanto, todo debería ser dicho. Puede parecer mejor o peor esta tesitura cuando se trata de lo que los clásicos consideraron obras de creación, en el

³⁸ Como dice Debord (Op. cit. p. 99.): "Una ley general de lo espectacular integrado, al menos para quienes lo dirigen, es que, en ese marco, todo lo que puede hacerse debe ser hecho. Es decir que todo nuevo instrumento debe ser empleado, cueste lo que cueste".

ámbito de la estética; sin embargo, como apuntábamos más arriba, este es el terreno al que parecen converger los intereses y las energías de una gran parte de los filósofos: es precisamente en tanto estos asumen los procedimientos de los artistas o de los periodistas cuando se consuma la canonización de lo irracional y lo arbitrario.

Se ha producido una identificación del "pensar" con el "hacer", en cuya virtud, lo que se piensa, es y debe ser tan libre como lo que se haga, sin que para nada importe lo que "sea" o lo que "haya", porque eso es justamente lo que nosotros establecemos con nuestra "conversación". Esta especie de "anarquismo" de la teoría ha querido penetrar incluso en la ciencia, sin gran éxito de momento: ha sido de mucha utilidad, sin embargo, para la rápida circulación de toda laya de "paraciencias" y de teorías "famosas".

A esta suerte de mentalidad le cuadra admirablemente una versión, degradada y sin nervio, del positivismo, el historicismo y el pragmatismo, una concepción que abomina de lo "abstracto" porque, como dijo Zubiri³⁹, se ha estimado a lo teórico como algo alejado de la realidad, como un sinónimo de lo no verdadero. Hay un párrafo de Lipovetsky⁴⁰ en el que se muestra en toda su magnitud, la plétora de confusiones categoriales que son substrato de estas formas de la conciencia posmoderna y la racionalidad periódica: "En la era de lo espectacular, las antinomias duras, las de lo verdadero y lo falso, lo bello y lo feo, lo real y la ilusión, el sentido y el sinsentido, se esfuman, los antagonismos se vuelven "flotantes", se empieza a comprender, mal que les pese a nuestros metafísicos y antimetafísicos, que ya es posible vivir sin objetivo ni sentido, en secuencia flash, y esto es nuevo. "Es mejor cualquier sentido que ninguno", decía Nietzsche, hasta esto ya no es verdad hoy. La propia necesidad de sentido ha sido barrida y la existencia indiferente al sentido puede desplegarse sin patetismo ni abismo, sin aspiración a nuevas tablas de valores; más vale: aparecen nuevas preguntas liberadas de las ensoñaciones nostálgicas; al menos que la apatía new look tenga la virtud de desmontar las locuras mortíferas de los grandes predicadores del desierto".

Es evidente el deslizamiento de lo sociológico a lo metafísico, la confusión entre lo reciente y lo original, entre lo original y lo

³⁹ X. Zubiri, Op. cit. p. 29.

⁴⁰ G. Lipovetsky, op. cit. p. 38. He alargado la cita para no perder el final demagógico: ese "pacifismo" y "ecologismo" que el texto quiere transmitir y que suena a editorial de periódico biempensante.

verdadero, entre lo verdadero y lo usual; todo ello nace del postulado de la racionalidad periódica que identifica lo que hay con lo que se dice, lo que es verdadero con lo que se puede manejar y repetir, con lo que se cree entender. Solo de una manera muy superficial y retorcida se puede poner esta actitud en conexión con el *ethos* de la ciencia que pide audacia, ideas nuevas y discrepancia; el "relativismo cultural" ha intentado llevar a cabo esa identificación de ciencia y opinión en el género común de la "costumbre"; pretendiendo reaccionar frente a un excesivo "etnocentrismo" occidental se acaba colocando en el mismo plano la ciencia, la creencia, la opinión y los ritos ceremoniales⁴¹.

En esta cruzada contra la "arrogancia racional" ni siquiera la Matemática se ha librado de ser comparada con las reglas sociológicas más arbitrarias⁴². Entre las muchas reflexiones necesarias para entender la existencia de tan notable tipo de doctrinas, no sería lógico olvidar la obligación de publicar que atosiga a muchos profesores⁴³, colocándoles en la misma "ocasión próxima de pecado" que a los azacaneados periodistas cuando han de rellenar las planillas con disquisiciones, objetivas, brillantes y oportunas, porque ese día no se ha estrellado ningún "Jumbo". No siempre puede decirse, como lo hizo Bergson⁴⁴, "On n'est jamais tenu de faire un livre".

La eficacia de la técnica en cambiar el mundo no puede ser discutida; entre los escasos frenos que podrían detener o aminorar sus devastadores efectos (aunque no todos, sí lo son muchos), habría que considerar al pensamiento riguroso y responsable y a un sistema político capaz de articular los verdaderos intereses humanos con la libertad política más completa: es mucho pedir, sin duda. El primer paso para conseguir algo como eso es una correcta formulación de nuestros problemas, y el segundo no dejarnos engañar por nuestros

⁴¹ Alain Finkielkraut ha analizado el factor político en esta operación en *La défaite de la pensée*, Gallimard, Paris, 1987. Hay traducción española, *La derrota del pensamiento*, Anagrama, Barcelona.

⁴² Para L. A. White, por ejemplo, la realidad de las matemáticas es del tipo de la de un código ceremonial, las reglas de tráfico o la gramática inglesa. Vid. la crítica de Martin Gardner al libro de White (*The Science of culture*, trad. esp. *La ciencia de la cultura*, Paidós) en el capítulo 2 de *Orden y sorpresa*, Alianza, Madrid 1987.

⁴³ Esta es una de las causas de que, en el estricto dominio de las ciencias "duras", solo un pequeño porcentaje de lo publicado en las revistas principales pase a formar parte del cuerpo de conocimientos establecido. Vid. John Ziman, *La fuerza del conocimiento*, Alianza, Madrid, 1981, p. 195.

⁴⁴ Henri Bergson, *La pensée et le mouvant*, en *Oeuvres*, Ed. du Centenaire, P.U.F., Paris 1963, p.1330.

deseos⁴⁵, confundiendo el incremento en la velocidad de rotación de las informaciones (que, como dice Baudrillard, aumenta el peso de las masas, y no su toma de conciencia⁴⁶) con una sociedad más sabia y liberada. El pensamiento brillante y arbitrario que se enseñorea de los discursos típicos de la razón periódica, tiende a ocultarnos las hondas carencias que nuestra conciencia del progreso también quiere olvidar.

4. A modo de conclusión: el papel del pensamiento en una sociedad compleja

Son muchos los efectos de la razón periódica en el seno de la opinión pública y en el conjunto de hechos y valores que los intelectuales tienden a dar por sentados. No se trata de realizar una enumeración, que podría fácilmente alargarse, y que no añadiría nada sustancialmente nuevo a lo ya dicho. Pero no querría acabar estas líneas sin mencionar algunos curiosos fenómenos de "buena prensa" en el terreno de las ideas, y que son muestra de las sorprendentes posiciones que la razón periódica acoge y asume como indicativas de la nueva cultura, como heraldos de la actualidad y el colmo de la ruptura con un pasado que se ignora y menosprecia.

A mi modo de ver, la más preciosa perla de este tipo de afirmaciones periódicas, se encuentra en uno de los grandes "gurús" de lo mediático. Marshall McLuhan, que era un especialista en lírica medieval cuyos conocimientos en física clásica no constan, se atrevió a escribir en su obra principal (que, por otro lado, contiene interesantes aportaciones de diverso género) lo siguiente: "Las leyes newtonianas de la mecánica, latentes en la tipografía de Gutenberg,

⁴⁵ A propósito del fascismo escribió Erich Fromm, "El pensamiento que se deje engañar a sí mismo, guiándose por el deseo, no nos ayudará. Y el reclamar formulas optimistas resultará anticuado e inútil como lo es una danza india para provocar la lluvia", y más adelante añade: "nos sentimos fascinados por la libertad creciente que adquirimos a expensas de poderes exteriores a nosotros, y nos cegamos frente al hecho de la restricción, angustia y miedo interiores que tienden a destruir el significado de las victorias que la libertad ha logrado sobre sus enemigos tradicionales". Cfr. *El miedo a la libertad*, Paidós, Buenos Aires, 1968, pp. 30 y 139.

⁴⁶ Jean Baudrillard, Op. cit. p. 96.

fueron traducidas por Adam Smith para regir las de la producción y el consumo”⁴⁷.

Es difícil sostener más afirmaciones sin justificación en menos palabras. Claro, se dirá, que la cuestión radica en entender el pensamiento de McLuhan y su noción de "latencia"; es posible que así sea, pero el autor no se ha molestado nunca en explicarlos de modo mínimamente convincente; ha debido parecerle que bastaba el ingenio y la novedad para pasar a la posterioridad, y la verdad es que así ha sido. Otro ejemplo justamente famoso es el del editorial sobre la nueva física (teoría de la relatividad y mecánica ondulatoria) del New York Times de 28 de Enero de 1928⁴⁸, donde, tras dar por supuesto que la mecánica newtoniana era "mucho más simple, resultaba comprensible para el hombre de la calle", se alineaban diversos lamentos y reproches, "por cuanto la física se ha hecho ininteligible precisamente en una época en que se supone que el ciudadano tiene la obligación moral de entenderlo todo". En honor del editorialista hay que reseñar, además de una cierta ironía, el que haya hablado de "obligación", resistiéndose a mencionar los "derechos" imprescriptibles del lector. Esta convicción de que no hay nada que no deba ser entendido es muy valiosa como programa de trabajo, pero alienta el peligro, típico de la razón periódica, de que se confunda el contenido de una teoría con su caricatura de quinta mano.

Para no referirnos a las *pseudociencias* más alanceadas, como el marxismo y el psicoanálisis, mencionaremos otros ejemplos de teorías cuya vigencia y fama se ha obtenido en los medios, fuera, por tanto, de los lugares en que, lógica y apropiadamente, pueden discutirse las teorías y el significado de los teoremas.

Aunque ya ha pasado, es fácil recordar el empacho de "matemáticas modernas" que hubimos de soportar durante más de una década, y

⁴⁷ M. McLuhan, *La galaxia Gutenberg*, Planeta, Barcelona, 1985, p.316. De la obra de McLuhan ha dicho Bell (op. cit. p.79): "La idea de que el medio es el mensaje [...] todas estas distinciones no están destinadas a ser usadas analíticamente o sometidas a prueba por algún medio empírico; son letanías para aliviar las angustias de una persona y reforzar su sensación de bienestar dentro de los nuevos modos de comunicación. Son baños turcos del espíritu. En conjunto la obra de Marshall Mc Luhan fue el sueño de un agente de publicidad en más de un aspecto". Claro que Bell (Op. cit. p. 61) ha escrito de la filosofía posmodernista, mencionando concretamente a Foucault, "Mucho de esto es una moda, un juego de palabras que lleva un pensamiento hasta una lógica absurda". En esta clase de observaciones radica una de las importantes diferencias entre Bell y Lipovetsky.

⁴⁸ Recogido en las pp. 142-3 del libro *La teoría de la relatividad: sus orígenes e impacto sobre el pensamiento moderno*, editado por L. Pearce Williams, Alianza, Madrid 1975.

sobre cuyos desastres pedagógicos no es necesario insistir ahora; al mismo mundo matemático pertenece una de las estrellas del actual firmamento científico-periódico, la teoría de las "catástrofes" cuyo nombre es todo un acierto publicitario; no seré yo quien ponga en duda la valía de los trabajos topológicos de René Thom, pero se puede afirmar con seguridad que, en este caso, la fama no es proporcional al valor sino a los extraordinarios dotes de promotor de su autor principal⁴⁹. En este mismo orden de cosas, sería fantástico hacer una antología de las enormidades que se han escrito, a propósito de lo que se suele llamar el "test de Turing" para discernir (o no), las mentes de las máquinas⁵⁰.

Tampoco la física está inmune a estas oleadas de popularidad de dudosos efectos. Piénsese en la extraordinaria difusión del famoso libro de Hawking, cuyo contenido difícilmente puede decirse que exponga ninguna novedad, no solo para los especialistas sino para las personas con una cierta familiaridad con los temas tratados, o en las rocambolescas historias que han rodeado a oscuros asuntos como el de la "memoria del agua" o la "fusión fría".

A primera vista, podría parecer que estos ejemplos no tienen mucho que ver entre sí, ni tampoco con la filosofía periódica de que hemos hablado. Por el contrario, creo que es hablar de lo que no se sabe la raíz común de todos ellos; emitir juicios sin fundamento se ha hecho desde que existen hombres, y mujeres, sobre la Tierra: lo que es rigurosamente nuevo es que tengamos todo un sistema capaz de hacerlos circular y revestirlos de la seriedad y legitimidad que solo deberían concederse al pensamiento responsable. Nada sería más inapropiado y absurdo que proponer nuevas formas de censura o la supresión de los grandes medios de comunicación; pero sería igualmente irresponsable no llamar, de vez en cuando, la atención sobre el tipo de suplantaciones a que estamos arriesgándonos, sobre todo en una época en que la opinión pública tiene necesariamente efectos inmediatos y decisivos en asuntos tales como la política científica y la organización universitaria.

¿Qué cabe hacer? Creo que es imprescindible fortalecer los sistemas que permitan el debate competente y preserven la buena de la mala

⁴⁹ Sobre esta historia puede verse el muy documentado artículo de Martin Gardner, "Cuatro libros sobre la teoría de catástrofes", publicado en su libro *La ciencia, lo bueno, lo malo y lo falso*, Alianza, Madrid 1.988, pp. 564-579.

⁵⁰ La última que ha caído en mis manos se puede leer en Dan Sperber, "Ciencias cognitivas, ciencias sociales y materialismo", *Revista de Occidente*, 85, (1988), p. 43.

teoría. El antecedente de la economía monetaria nos muestra hasta qué punto es difícil que la buena moneda retire a la mala del mercado; sin embargo, los economistas han sabido, dentro de unos límites razonables, crear medios e instituciones que combatieran esta clase de efectos perniciosos.

Como escribió Gadamer⁵¹, "nunca es demasiado tarde para la razón", de modo que cumple ser optimista incluso frente a la generalización del desatino. Se requiere un sostenido esfuerzo intelectual, a través de los medios tradicionales, Universidades y Revistas de pensamiento, tratando de evitar que caigan en aquello que deberían combatir: la adoración del "becerro de oro" y sus múltiples "alias", en forma de fama, de "imagen", de complacencia con la opinión establecida, en forma de aceptación cultural y de sumisión política, que es, no solo un peligro cierto, sino una desdichada evidencia.

Cabría decir que, en cierto modo, forma parte de una ética de la inteligencia la determinación de no abandonar el terreno en que el pensamiento pueda ser responsable, admitiendo las instancias de verificación que legitimen sus pretensiones⁵². Es verdad que no están los tiempos ni para recetas simples ni para imposiciones dogmáticas; pero convertir una conquista de la libertad de pensamiento en una nueva cadena para la inteligencia, sería intolerable.

Una cosa es el saludable antidogmatismo y la liberalidad en sostener doctrinas y opiniones y otra, muy otra, consentir la confusión de la noche en que todos los gatos son pardos. Algo de tal especie es de temer, si se empieza negando la objetividad de los colores, las categorías básicas del pensamiento racional y crítico que, con las limitaciones inevitables, es lo mejor que hemos heredado de los gigantes del pasado. Necesitamos sobreestimar de nuevo los trabajos de la razón amenazados por la ola de una "opinión" más fuerte y extendida que nunca. En una sociedad tan compleja y delicada como lo es la nuestra, los intelectuales no pueden arrogarse tal tarea en exclusiva, pero no deberían nunca renunciar a ella. Fue, curiosamente, un teólogo quien recomendó a los de su oficio, que no leyeran únicamente la Biblia sino también el periódico. Hoy

⁵¹ Hans George Gadamer, *La razón en la época de la ciencia*, Alfa, Buenos Aires 1981, p. 56.

⁵² Como muy bien dice Ramón Rodríguez, "este terreno del lenguaje veritativo y del poder dar razón no puede ser abandonado, porque ha sido y es el único suelo firme en el que germina el árbol del pensamiento". Ramón Rodríguez García, "Nihilismo y filosofía de la subjetividad", en R. Alvira, Ed., *Razón y libertad. Homenaje a Antonio Millán Puelles*, Rialp, Madrid 1990, p. 227.

necesitamos, en cierto modo, el consejo inverso: no basta leer periódicos, cada cual debe repasar también muy seriamente su Biblia cada mañana.

José Luis González Quirós

jlgonzalezquiros@gmail.com

<http://jlgonzalezquiros.es/>